UC Santa Cruz
UC Santa Cruz Previously Published Works

Title
Cruzar a pie la cruda realidad. Un "visitante inmanente" en Chuquiago Marka

Permalink
https://escholarship.org/uc/item/6r33477k

Author
Delgado-P., Guillermo

Publication Date
2018-12-20

Peer reviewed

eScholarship.org Powered by the California Digital Library
University of California

Comentario Bibliográfico

Cruzar a pie la cruda realidad: Un ‘visitante inmanente’ en Chuquiago Marka.

Guillermo Delgado-P.

Recientemente visitamos Zaragoza de la mano de Elva y César, antigüos residentes de esa ciudad. Nada de extraño en ello, sólo que Norma y yo retornábamos al lugar después de algo más de una década con el solo objeto de celebrar la amistad. Fue grande mi sorpresa cuando al pasear con ellos, en *Librería Cálamo*, sobre la calle San Francisco, entre las novedosas ofertas saltaba la cubierta colorida de una bella foto tomada por Dominique Lange. La toma me era familiar, razón por la que torné mi vista para fijarme en ella. Ilustraba el libro escrito por Miguel Sánchez-Ostiz un autor que firma en Arraioz, Baztan, y que titula simplemente *Chuquiago, Deriva de La Paz*, (España: La Línea del Horizonte Ediciones, 2018. 286p.)

El misterioso fonema del título es referencia al antigüo nombre aymara de la ciudad de La Paz (Bolivia), y Sánchez-Ostiz nos la retrata como un ‘visitante inmanente’, avezado arqueólogo de su literatura y de sus arterias de tan distintas temporalidades —coloniales paredes de adobe; fachadas del barroco andino; republicanas; ‘cholets’; adoquines pulidos por el tráfico peatonal; torres de iglesias de componentes bávaros; rascacielos; telesféricos, y una población en constante movimiento, pujante, pululante. Me doy cuenta que no es su primer libro sobre el andino país, es éste, sin embargo, en el que inmediatamente reconocí esa vetusta palabra que recoge la historia de un lugar ‘cataclismático’ (Gómez de la Serna) que dialoga con otras ‘imagénes paceñas’. Sus crónicas ya pertenecen al siglo veintiuno, y sin desear mirar sólo hacia adelante, torna la vista al siglo veinte ‘pacense’ (como sugiere su editor) con sus inquietos viajeros y literatos que han hecho de la ciudad un digno personaje.

En este mundo que llamamos globalizado, hay aquí una venia al nomadismo presente retratado en el subtítulo de la obra —“Deriva de La Paz”. Todo ello nos dice que la humanidad es una sola, con sus fobias y filias, diferentes sólo en intensidad o prejuicios, cuanta y cuala, *pathos y eidos*. Y esto es lo que Sánchez-Ostiz despeja, finalmente “eres uno más en el barullo”, entre diferentes lenguas y dicciones, con “tormentas que nos zarandean a todos”. No obstante, lo que es atractivo es la naturaleza misma cuyo único término subvierte su complejidad telúrica, por lo menos en ese espacio ‘termitero’, al ofrecer cierta majestuosa serenidad, como los picachos cordilleranos o, más al este, la espesura verdosa de la Amazonía.

Como se ha dado cuenta, lectorx, este libro es un ‘travelogue’ (diría, una *viajelogía*), y Miguel un literato que ha escrito estas “crónicas fragmentarias de lo vivido a lo

largo de nueve viajes", *relaciones* de una ciudad tangible porque este autor "ve cosas que otros no ven". Al hacerlo nos hace transparentes, nos hace ver y sin esconder su propia vulnerabilidad, nos deja también palpar sus emociones otoñales. Patea sus calles, y hasta pareciera por ratos, Alicia en el país de las maravillas, empujando puertas medibiertas que le conducen hacia misteriosos patios y callejuelas, museos oscuros donde el titilar de un foco moribundo en un rincón inimaginable, alumbra un famoso cuadro titulado 'el Felicidio', de El Loco Borda. La de él —digo de Miguel, luego, no es sólo una literatura de viajes, la es asimismo un diálogo musitado con quienes fueron antes provocados por el mismo prurito, ese de deambular por calles, recovecos, pasajes fantasmas, él dice 'pataperreando'—es otra locura. Nos dice: "cuento como las veo y vivo".

Al hacerlo, Miguel, comparte sobremesas con quienes antes retrataron el calcinar del sol sobre las paredes de adobe o de andesitas labradas. Al trajinar las vetustas calles de la ciudad, siempre en construción o reparándose, encuentra el espíritu guiador de sus escritores, y entrevé en el espacio adoquinado: tambos, hospederías, iglesias, museos y mercados; bares, fondas y cafés. Tan es así que los 'aparapitas' de Jaime Saenz cobran vida, y los abusioneros surgen en los cementerios clandestinos o en La Ceja de El Alto. Antes de dialogar con el imaginario paceño de Saenz, de Bascopé, o del 'Reca', Sánchez-Ostiz desempolva ciertos itinerarios olvidados que lo acercan a Europa, a España, Chile, Inglaterra, Francia, de donde recupera previas plumas que perfilaron en su propia prosa la *maravillosa* ciudad que le interesa.

El libro es rico en alusiones literarias y reconecta narrativas que perseveran en la estratigrafía urbana donde, si las paredes hablaran, supiéramos más de leyendas negras, de nazis protegidos por dictadores, falangosos hispanos que cruzaron caminos en Bolivia, de huraños mafiosos, de maleantes finos y rudos, de suicidas y tenebrosos tahúres, de judíos que escapan de sus teutones verdugos para encontrarlos en los cafés de La Paz, de constructores aymaras que levantan un edificio sobre restos humanos exclusivamente ofrendados para ello.

En el proceso de 'derivar' en las calles, reaparece la muerte enterrada de las dictaduras en forma de memoria, de graffiti, de arte no tan escondido, y sus textos extensos en cincuenta y dos capítulos reviven las voces literarias de trágicas vidas, "el pasado tiene su propia música". Lo que antes se escuchaba a manera de rumor o humor, en la prosa de Miguel emerge comentada, como meditación, como penetrante filosofía o reflexión óntica que se esmera en desentrañar los quehaceres de la 'unánime noche' extendida sobre contubernios locales donde se escucha aun el opaco choque de los dados de un 'cachito' junto al tintineo de copas o botellas. Sin duda, Jaime Saenz continua provocando desde 'sus cuartos' y en este libro lo vemos cual instigador "de la metafísica de la noche gastada". De hecho Saenz solía

describirse en alguna obra suya: “Como siempre, estaba en estado lamentable; y lo primero que hizo fue zamparse cuatro copas seguidas...”.

Decía que Miguel invita voces del pasado, voces y prosa que inspiradas en los mismos laberintos que recorre ‘pateando’, retornan con él, procurados e reimaginados por su curiosidad, y los hace respirar después de cien, cincuenta, treinta, diez años. Como el escritor chaqueño Jesús Urzagasti que tramó una novela de muertos que en vida no se conocieron, Miguel los reúne y hablan a través suyo el uno con el otro: Ciro Bayo, Jean-Edern Hallier, un proto-asiduo de ‘la blanca’; Cervantes, candidato a edil paceño en 1590; Eugenio Noel; el chileno Joaquín Edwards Bello que iconoclasta describe su llegada a La Paz; Christopher Isherwood el inglés intuitivamente alelado por el ascenso nazi en Alemania, Paul Morand o Cees Noteboom, viajeros cada uno con sus cuitas; Allen Ginsberg empecinado en tragarse hongos o ayahuasca; Francisco Lluch que bien pudo haber dicho “el diablo no sabe para quién trabaja”; o el cuñado de Pinochet que es un ‘huayraleva’ boliviano; o de Barbie del que puede decirse que sigue muerto en Francia. Hacia final de los años 60, una periodista catalana, Elena de la Souchére dijo que: “Bolivia es hoy, como antes, el laboratorio de experiencias de las grandes corrientes políticas de América Latina. Después de haber sido el teatro de la más radical de las revoluciones nacionalistas (…)”.

Y, bruscamente, de la Souchére fue precisa, pues este Miguel, empedernido viajero, rescata idas y venidas de áulicos personajes tan ligados a las corrientes políticas del entonces, desde las revolucionarias del joven Debray, hasta las dictatoriales, con su submundo de narcóticos y encubiertas atrocidades, sin duda de largas colas que, secretamente, van a dar a (o vienen de) Alemania, la España falangosa de Gecé, la Catalunia de Ernesto Milá, Italia de Il Duce, Francia, EEUU, o Cuba, junto a varios nombres de intransigentes héroes y mártires que se encuentran enterrados en el cementerio de La Paz y que subyacen en la estratigrafía política de las generaciones que ya se despiden, poco a poco. Las nuevas, naturalmente, las aprenden y preguntan: por Espinal, por Néstor, por Monika, por Marcelo, por René, por Viscarra ó Vizcarra, por San Ernesto de la Higuera, por la vieja Guerra Fría. Y eso es muy saludable porque Miguel, con su literatura de viaje, provoca y contribuye a unir cabos para evitar esa sabida muletilla del ignorar y ‘repetir la historia’. ¡Qué profetismo ése, de hurgar el pasado para encontrar capciosos excesos arios que ahora se desplazan, otra vez, por las calles de previos escarnios fenotípicos! En 1945, en su Uno y el Universo, Ernesto Sabato ya anticipó estos desquicios, ahora reales.

¿Qué más tenemos en estas ‘crónicas fragmentarias’ de viajes? Sin duda una mirada que humaniza, una mirada que se ausculta y nos ausculta desde el fondo de las calles

que otros no ven ni verán. ¿Cómo se lee este libro en Bolivia, en las Américas, en España? Sin duda, con fascinación porque humanidad y naturaleza están en el mismo plano de percepción. Algunxs encontrarán sorpresas, otrxs descubrirán cosas por vez primera, y otrxs aún querrán corregir y aumentar; es lo de menos. Lo que queda es la prosa de un apasionado interlocutor que deviene un arqueólogo de la vida y, especialmente, de la vida paceña ("borracho estaba pero me acuerdo") con la literatura de sus "leídos y escribidos"—como reza un diario de la guerra del Chaco; de la escritura de viajes que es un género propio de sí y de la ciudad como personaje, como espacio y memoria.

Por ello quizá este autor hacia el final de sus páginas dice: "es posible que haya escrito para regresar." En ello, la voz de Miguel es la más genuina de las voces. Rinde homenaje a la cercana lejanía de un continente y el otro, tan atrayente para quienes que a cálamo y papel, supieron imaginarla y habitarla desde que Alonso de Mendoza en 1548 propuso otro nombre sobre uno milenario para ese pueblo que hoy llamamos La Paz o Chuquiago. Ambos nombres permanecen, en la misma forma en que perduran sus habitantes que son nada mas ni nada menos que la viva transculturación: modernos, postcoloniales e hilozoistas, simultáneamente. Miguel en este libro dialoga con franqueza y lealtad, sus interlocutores le corresponden. Una luna andina derrama sus arrebolados haces sobre una mole cordillerana, y un sempiterno vigía como es el sereno Illimani, toca un nervio ocular del escritor para imprimirse en su memoria como una placa fotográfica.

Después de leer, alguien dirá de este libro: así se hacen, deshacen y se vuelven a hacer, pueblos, rutas, y ciudades literarias: dice —"si regreso nada será lo mismo, se habrá desvanecido". Habrán siempre 'visitantes inmanentes' y el narrar servirá para afirmar nuestra propia mortalidad animando diálogos con otrxs que se interesaron en imaginarse La Paz. Y aquí viene algo al dedo, fruto también de otros diálogos con escritores o personajes que amaron La Paz-Chuquiago y que en espíritu tocan a este escritor en la "bohemia paceña, sus derrotas, burlas, versa, dramas e imposturas". Un personaje de novela, *Jursafú*, *En el país del Silencio*, dijo alguna vez que: "Bolivia es un homenaje a la brevedad y la síntesis". Sin duda eso es lo que legó el Burrowsky boliviano. Como Concolorcorvo, empero Miguel Sánchez-Ostiz desanda esas huellas en busca de los pasos perdidos. Esperemos que, por supuesto, los encuentre, y reincida una y muchas más. ¿Ch'allaremos, Miguel?

Santa Cruz, CA. 16 de Julio, 2018.